

La familia de don Pepe Lampalagua, por ejemplo, honrado maestro de escuela, está anarquizada completamente.

La niña mayor se ha puesto *irreducible*; ya no hace las camas, ni quiere sacudir el felpudo de la sala, ni quiere repasar los platos. Se lo pasó todo el día comiendo pastillas de menta y leyendo avisos de los vapores que hacen la carrera del Paraguay.

Misia Manuelita, la cabeza de aquel hogar antes tan tranquilo, ha perdido toda noción de economía doméstica y no hace otra cosa que refunfuñar y chupar naranjas agrias.

Por supuesto que la víctima obligada de esta *débacle* familiar es don Pepe, de quien se ha apoderado tal terror, que ya no da clase de geografía por miedo de tropezar con el mapa paraguay, y ha intentado suicidarse dos veces con el destornillador de la máquina «Singer».

Para él, la vida es una inquisición, su hogar, un infierno.

La ropa blanca, apenas si se la puede cambiar por periodos trimestrales, porque misia Manuelita ha soltado las riendas del gobierno de la familia y se le importa un bledo que don Pepe ande como un *méndigo*.

—Manuelita, ¡por Dios! ya son las nueve de la mañana y no me has zurcido aún los pantalones...

—¡Ave María Purísima!... *tené* paciencia, ahora no puedo ocuparme de esas menudencias, porque estoy leyendo «La virgen de las selvas paraguayas.»

—¡Pero mujer, tengo que abrir la clase!...
—Pues... *ponete* provisoriamente mi pollera verde botella.

—Esto es insoportable, ¡asi no se puede vivir!...

—«Llora, llora, urataú...»

—¡Maldita sea...! iba á decir una barbaridad; me haces perder la paciencia, y el mejor día... me marchó...

—¿Al Paraguay, ricura?

—No, al otro mundo; porque ésto ya no es vivir...

Misia Manuelita dice que su esposo es un ser inútil, que ni siquiera ha tenido la habilidad de nacer paraguayo; y aquel hogar, antes feliz y risueño, se ha tornado una casa de locos, donde la sopa se come fría y donde no se encuentra un par de medias limpias en tres semanas á la redonda.

Lás niñas andan todo el día despeinadas, descalzas y con una tohalla en la cabeza, porque les ha dicho un boticario que tuvo casa en Asunción, que allí no se usan botines y que nadie se peina por el calor, y cifra toda su ventura en oír hablar en guaraní á un loro que es el encanto de la casa.

—Eduardita, ¿le *pusistes* pan y vino al loro?

—Sí, señora; pero lo encuentro un poco melancólico...

—Pobrecito! será la *nostálgica*...

Y el hogar sigue con la chabeta perdida...
El otro día un amigo íntimo fué invitado

por don Pepe á comer á su casa, porque á él le gusta mucho la sociedad.

El primer plato que se sirvió lo pasaron al amigo íntimo, y empezaron á trabajar los caninos y molares, cuando de pronto se alzó en la punta del tenedor una cinta ó cosa así.

El estupor se apoderó del jefe de la honrada familia y se le puso la nariz como una guinda madura.

—No es nada,—dijo misia Manuelita,—es un punto de *ñanduti* que estaba tejiendo la morocha...

Don Pepe trinchó con toda la solemnidad de un convencido padre de familia en ejercicio de sus altas funciones; pero ni el cuchillo ni el trinchante pudieron ganar terreno en la pechuga del volátil manjar que estaba de cuerpo presente.

Don Pepe luchó como un héroe, hasta que por fin se consideró perdido, y, en el colmo del desaliento, preguntó á su esposa:

—¡Qué es ésto, Manuelita?

—Pero, *zonzo*... ¿y no sabes? Es el lorito que se nos murió ayer...

—¡.....!

NOTAS FINALES

A ciertos colegas que tienen la amabilidad de transcribir artículos de este periódico sin indicar la procedencia, bueno está pedirles que agreguen á la tijera un aditamento para expresar la publicación donde campean sus hojas afiladas. Con poco trabajo se ahorra una mala acción el periodista.

—La popular Fotografía Sud-Americana, de nuestros dignos correligionarios Fructuoso Santini Hnos., pondrá dentro de poco en venta una colección de retratos del heroico Chiquito Saravia, que seguramente llamará la atención, pues son los primeros trabajos fotográficos que se verán del que murió en «Arbolito» como un mártir glorioso de los principios democráticos.

Para dichos retratos los correligionarios Santini Hnos. han tomado como original el dibujo hecho en LA ALBORADA por el inteligente artista Francisco Quintans.

—Publicamos con gusto la nota con que el señor Director de *El Nacional*, ha contestado á la digna comisión de señoras, presidida por la señora Rosario M. de Yubero, constituida con el patriótico objeto de tributar un premio á sus relevantes virtudes cívicas:

«Montevideo, 13 de Junio de 1898.—Señora doña Rosario M. de Yubero, de toda mi distinción y respeto:

El señor Arturo Salom me ha entregado un reloj de oro y una placa con inscripción del mismo metal, en nombre de un grupo de damas nacionalistas del que es usted digna presidenta, y en prueba de la consideración y estima inspiradas por mi pluma de escritor é inquebrantables convicciones de ciudadano.

Grandes son mis esperanzas en el porvenir; profunda la fé de mejores días; y creo en las victorias del civismo, desde que la mujer comparte nuestros ideales y aspiraciones con el inmenso sentimiento de su ternura, en cuyo altar reciben los hijos buenos el bautismo del santo amor á la tierra en que vieron la luz; y del amor no menos santo á las puras tradiciones de familia.

Al agradecer profundamente á la comisión de damas, en la persona de su noble presidenta, la altísima distinción de que me hace objeto, formulo votos por que las tristezas públicas hallen siempre su eficaz lenitivo en el santuario del hogar, donde el sentimiento patético perdura con intensidad, estimulando á los que luchan en nombre de elevados principios é intereses públicos.

Dignese usted aceptar, señora, las seguridades de mi mayor respeto y de mi más alta estima.—Eduardo Acevedo Díaz.

—El hermoso artículo «Muerta que baila» de nuestro colaborador Solano A. Riestra, ha merecido la transcripción de nuestros estimados colegas *La Lealtad*, de Trinidad y *El Pueblo*, de San José.

En el próximo número aparecerá el retrato del prestigioso jefe revolucionario, coronel don Enrique Yarza.

EPISTOLAR

B. O.—Montevideo.—Suprimiendo la *B* queda la *O*, orejas, que es lo que más debe abundar en usted.

A. L. R.—Salto.—Habrás canalla!...

—A. Q.—Montevideo.—Diga con franqueza ¿qué es lo que tiene en su escritorio? ¿plumas ó escobas?

—Listo C.—Montevideo.—¿Cree Vd. que escribir es amontonar palabras y más palabras, como se amontonan ladrillos?

—P. D.—Montevideo.—Un poquito más de chispa y está del otro lado. Salte!

—A Juanito.—Oh! pequeño mimado de las andaluzas del Pindaro! ¡Qué paliza soberana le daría á Vd. Homero!

—J. R.—Paysandú.—Sus producciones son kilométricas y aún las milimétricas, tienen el sabor de la estircina; y lo más grave es que producen el mismo efecto que ésta. Olvide el arte, escóndase y no aparezca. Es un consejo sanitario.

—Roncador.—Montevideo.—Precisamente es lo que en Vd. se transforma cuando escribe versos.

—J. A. S.—...—Basta su pedido; se publicará. Pero son imprescindibles dos condiciones: sustituir el seudónimo por la verdadera firma y soportar la lima...

¡Qué! ¿Se decide?